Texto:
Uxue Davalillo



Portada:
March Astorquiza

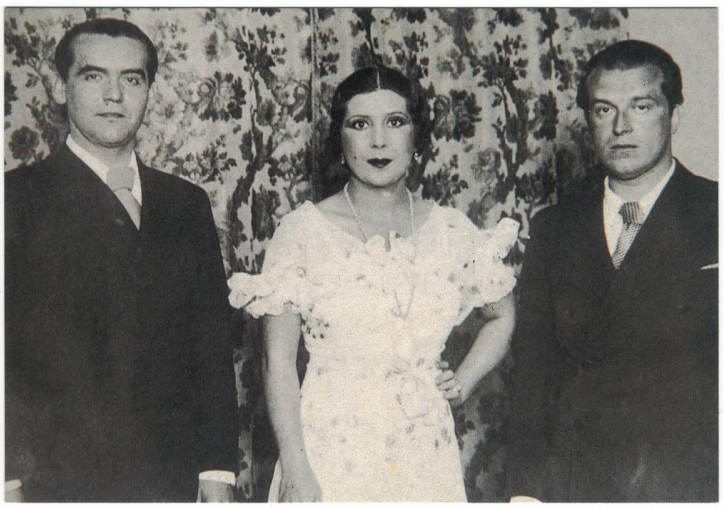
CURAR VIEJAS HERIDAS: un relato sobre Miguel de Molina

A mi madre, a mi hermana y a mi tío,
por ser las tres agujas que marcan el reloj de mi vida.
A los ruteros, monitores y todo el equipo de Ruta al exilio,
por acompañarme en este viaje y ser el viaje.

INTRODUCCIÓN Y CONTEXTUALIZACIÓN

La cultura es el desahogo de la humanidad, siempre lo ha sido y siempre lo será. De hecho, no es casualidad que solamos acompañarla con la palabra *popular,* es decir, perteneciente al pueblo. La guerra del 36 y la posguerra no fueron diferentes en este sentido; es más, hubo un elemento de vital importancia y que a menudo pasa desapercibido: la copla. Ambos bandos tomaron este género músical, cambiaron letras y crearon himnos propios que movilizaban a las tropas y funcionaban como compañía en plena guerra. En la posguerra, a pesar de la censura imperante, el mundo lumpen y trágico de la copla daba la oportunidad de canalizar el dolor y el sufrimiento, no solo en los campos de concentración, también en el día a día de una dictadura en la que apenas se podía expresar nada.

En la actualidad la opinión mayoritaria señala que no puede sentirse identificada con algo *anticuado*, pero es que la imagen que tenemos de la copla como casposa y afín al régimen es el resultado de un cruel secuestro –no casual sino planificado– porque antes de la guerra ya era un fenómeno de masas. Y no tan de masas, pues ha de reconocerse que la canción popular fue además fuente de inspiración para intelectuales, por ejemplo, de la tan alabada Generación del 27, quienes impulsaron su revitalización. Además de que el género se nutrió, a su vez, del universo poético del grupo. Fue también en esta época cuando florecieron poetas y compositores de copla como el trío constituido por Rafael de León, Antonio Quintero y Manuel Quiroga. En cualquier caso, al igual que la intelectualidad de la Edad de Plata, el mundo de artistas y compositores de copla sufrió la represión y la persecución con la llegada de la dictadura, que impuso la censura y obligó a aquello de *renovarse o morir*.



La Argentinita flanqueada por los poetas Rafael Alberti (derecha) y Federico García Lorca (izquierda). Con este último al piano, grabó cinco discos que recogían canciones populares españolas.



Cartel de la película ¡Ay, Carmela!, en la que se observa la importancia de la música durante la Guerra Civil en ambos bandos.

En este contexto situamos a Miguel Frías de Molina, artísticamente Miguel de Molina, uno de los mayores cantantes y creadores de la copla española. Nacido en Málaga en 1908, es testigo desde pequeño de la miseria y de cómo su madre se desvive para darles de comer a él y a sus cuatro hermanas. Es por eso que decide huir de la ciudad a los 14 años para buscarse la vida, camino que estará lleno de obstáculos pero durante el cual descubrirá su vocación artística y su talento. Después de servir como mozo de recados en un prostíbulo y trabajar como organizador de juergas flamencas, se abre paso en el mundillo de la copla en Madrid y durante la efervescencia cultural de la República se labra un nombre como artista y bailarín. Hace suyas canciones como *La bien pagá* y *Ojos verdes* desde su estética y estilo personal: convierte cada una de ellas en un espectáculo y les da un toque aflamencado; aparte de diseñarse su propio vestuario, siendo su distintivo las coloridas blusas de mangas ajamonadas. Irrumpe en una copla relegada entonces a la mujer y lleva con naturalidad su homosexualidad.

La Guerra Civil lo atrapa en Valencia, donde se dedica a actuar y a animar a las tropas republicanas, aparte de participar en conciertos benéficos y visitar hospitales. Sobrevive en el ambiente de la posguerra con la protección de un empresario afín al régimen que lo toma como botín de guerra y lo explota, ante lo cual se planta con su orgullo característico. El 10 de noviembre de 1939, entre función y función en el teatro Pavón, tres hombres vestidos con gabardinas se presentan en su camerino y exigen llevárselo a la Dirección General de Seguridad. En realidad, el secuestro acaba en un descampado de los Altos de La Castellana, donde le propinan una feroz paliza mientras le gritan que es *por marica y por rojo*. Este episodio traumático, el posterior confinamiento en Cáceres y en Buñol y, sobre todo, la prohibición de subirse a los escenarios, lo empujan a exiliarse en Argentina en 1942.



Mítico retrato de Miguel de Molina por Annemarie Heinrich. Buenos Aires, 1942.



Miguel de Molina con una de sus blusas fantasía.

Consigue establecerse en el país en 1947 gracias a la ayuda de Eva Perón y desarrolla allí gran parte de su carrera, siendo un referente de la radio y la emergente televisión. Ante el deterioro de la edad se retira en 1960, a los 52 años, y desde entonces se dedica a escribir sus memorias recluido en su casa porteña de la calle Belgrano, que por dentro es puro reflejo de su Andalucía. En 1992 el gobierno español le otorga la orden de Isabel la Católica, condecoración que recibe en Argentina ante la negativa de volver a España. Sin embargo, él siempre defendería que el reconocimiento le llegaba tarde. Muere de un infarto el 4 de marzo de 1993, a los 84 años, estando solo en su casa. A día de hoy descansa en el cementerio de la Chacarita, en Buenos Aires, eternamente en el exilio.





Una actuación de Miguel de Molina en 1947. Como se puede observar, eran espectáculos muy atrevidos y grandiosos (izquierda). Miguel de Molina condecorado con la Orden de Isabel la Católica en la embajada española en Buenos Aires, año 1992 (derecha).

Este proyecto parte de esas memorias que Miguel de Molina se dedicó a escribir de su puño y letra en hojas sueltas y de forma desordenada, según iba recordando una vez se había retirado. Este intento de mostrar su verdad y no las mentiras que durante toda su carrera lo persiguieron se publicó poco después de su muerte bajo el título *Botín de guerra* (origen que ya habrá quedado claro) por iniciativa de su sobrino nieto, Alejandro Salade, director de la Fundación de Miguel de Molina. Este proyecto también parte de su memoria, en singular, de aquello que el faraón de la copla nos dejó como artista tradicional y, a la vez, vanguardista; pero sobre todo de su lucha en defensa de su talento, siempre orgulloso de quién era. Además, no puedo dejar de lado que el origen de mi curiosidad en relación tanto a la copla como al propio artista fue la obra de teatro *Miguel de Molina al desnudo*, de la cual rescato la siguiente reflexión del actor Ángel Ruiz, en la piel de Miguel:

Mi historia forma parte de esa memoria que muchos no quieren recordar. Dicen que no debe ser desenterrada de la fosas del olvido para no reabrir viejas heridas, como si la heridas se hubieran cerrado, como si las heridas fueran solo las suyas (...)

NOTA DE LA AUTORA

Es de advertir que el relato que aparece a continuación combina documentación y ficción. La narración se divide en dos apartados que se intercalan constantemente: una contada por un narrador omnisciente y situada en 1993; y otra cuyo narrador es el propio Miguel de Molina y que se sitúa en 1942. La primera se trata de una ficción de historia contrafactual: **¿Qué pasaría si Miguel de Molina se despertara en 1993 y comprobara que nadie lo recuerda?**

La segunda narra la última noche antes del exilio de Miguel de Molina y está extraída de unas hojas desclasificadas de sus memorias, recientemente halladas dentro de un cofre con otros objetos del artista durante una reciente investigación de su legado material. De esa manera, realidad e imaginación se entrelazan junto con dos épocas diferentes para Miguel: 1942, la noche antes de embarcarse rumbo a Argentina, a su exilio; y 1993, un futuro desconocido para él al que viajará a través de la palabra.

No dormía tan despreocupadamente desde que era un niño chico, protegido de la crueldad del mundo por su brillante sonrisa y los brazos de su madre. En aquel mismo momento habría jurado que ella lo estaba arropando cálidamente, como tantas veces que llegaba tarde de tanto trabajar y se acercaba para darle el beso que llevaba todo el día queriendo estamparle en la mejilla: *Miguel, mi lucerito*. El susurro serpenteó hasta su oído y se posó tan suavemente como el eco de una mariposa. ¿Lo habría escuchado realmente? Todavía adormilado, se revolvió plácidamente en busca del calor que lo envolvía y sacudió la cabeza, como para quitarse esa y otras muchas preocupaciones. Fue entonces cuando comenzó todo.

Un pinchazo en el hombro le dejó el brazo completamente dormido y, justo después, un calambre le recorrió toda la espalda, la cabeza le empezó a dar vueltas. ¡Qué dolor de cuerpo tenía aquella mañana! Era como si hubiera estado durmiendo en la intemperie, en el mismo suelo. Los rayos del sol, que se habían vuelto cegadores de repente, lo empujaron a ir desperezándose, aunque todavía tenía la vista nublada. Entonces, palpó la superficie en la que dormitaba y casi se quemó la mano surcando aquella textura fina que se le escurría entre los dedos. Juraría que era...¡arena! En ese momento se despertó del todo y comprobó que, efectivamente, había pasado la noche en la playa, pues lo primero que le dio los buenos días fue el ancho mar azul, removido ligeramente por una brisa que le acarició los rizos del cabello como si quisiera calmarlo. Imposible. ¡Mira si había agarrado buena cogorza el día anterior! Habría sido, seguramente, manzanilla. *Mucho has debido beber, Miguel, si lo último que recuerdas es haberte acostado pronto*, se dijo a sí mismo. De hecho, tenía en la memoria todos los preparativos que había hecho para el viaje y cómo quería descansar antes de la travesía. ¡Cuántas veces se habría asegurado que la fecha del pasaje era el 23 de octubre de 1942! Nada, algo habría surgido.

¡El viaje!, volvió a recordar. Sobresaltado por segunda vez, se levantó casi de un salto y miró alrededor con nerviosismo en busca de alguna señal para poder orientarse e ir inmediatamente a por el equipaje, pues tenía que embarcar ese mismo día en el barco Monte Amboto, en dirección a Argentina. Giraba la cabeza como un loco, cada vez más estresado ante el hecho de que aquella playa se le presentaba completamente desconocida, incluso si había algo en ella que le resultaba familiar. ¿Y dónde estaba Polín? De repente, el rubor se le subió a las mejillas al pensar que incluso podía haber quedado en evidencia ante él. ¿Y si lo estaba esperando en el puerto? ¿Creería que se lo había pensado mejor y que lo había abandonado en el último momento? Rápidamente descartó la posibilidad: si se había ido de juerga la noche anterior, seguramente habría sido con su nuevo amigo, que daba señales de moverse y sentirse como pez en el agua en ese ambiente. Claro que si solo pudiera recordar...¡maldita borrachera! *Si me acompañó ayer, espero no haberme puesto muy tonto con la bebida porque él... estaba arrebatador*, recapacitó preocupado, sin poder evitar esbozar una sonrisa. Lo extraño era que no le dolía la cabeza ni tenía náuseas, no parecía haberse pasado la noche de trago en trago. Y aún así, allí estaba, en algún punto de Lisboa que no era capaz de reconocer.

Esto no es Lisboa, no puede ser..., se dijo a sí mismo empujado por una intuición que iba creciendo en él. A ver, era un lugar de paso y apenas se había fijado en la capital portuguesa, pero había algo indescriptible en el paisaje que le decía algo: primero, que eso no era Lisboa; segundo, que no lo era porque juraría haber estado ya en aquel sitio; y tercero... *No puede ser, serán los recuerdos, que me están trastornando,* susurró. De todos modos, cuanto más contemplaba la estructura de la costa, los montículos que sobresalían lejanos a la derecha y el puerto en la misma dirección, más claro tenía que la chispa que se le había encendido en la mente no era un cortocircuito: *Sí, esto es Málaga, mi Málaga*. Hay espacios en la vida de uno que parece que siempre son los mismos y que, a la vez, están demasiado cambiados; el tiempo pasa por ellos y los disfraza de mil maneras, haciéndolos extraños ante los viejos amigos, mas siguen teniendo esa esencia que conecta con lo que se guarda en la memoria y ayuda a reconocerlos *in situ*, o también cuando los encuentras lejos, pero esto último es otra historia.

El caso es que, aparte de sentir cómo su corazón se encogía, se quedó paralizado. Lo lógico habría sido, claro, descubrir qué hacía allí, si había llegado por su propia cuenta, si se había echado para atrás y no se acordaba (cosas más raras se han visto); o tal vez buscar un teléfono para llamar a Polín y coger un taxi o lo que fuera para salir de allí. Daba igual, Miguel estaba en una especie de delirio en el que creía que Málaga se había vuelto Madrid en poco tiempo. Vale que la había dejado con tan solo 14 años pero... ¡todo había cambiado tanto! Parecía que había pasado una vida entera y puede que así fuera, efectivamente. En cualquier caso, casi vio ante sus ojos cómo los edificios de primera línea de playa, antes casitas de dos o tres pisos habitadas por marengos, se estiraban como chicle hasta convertirse en bloques de apartamentos que, pegados, formaban un muro enorme que tapaba el resto de la ciudad. Y todo eran luces, ruido, música de los chiringuitos (que ya no eran garitos de mala muerte), ¡hasta coches! Coches que circulaban estresados en una carretera que había a sus espaldas. Eso sí, la playa estaba casi vacía, ni rastro de aquella gente de mar que venían o iban a faenar, ni de las mujeres que cosían redes. Aquellas mismas que de niño le daban alguna monedita, a pesar de su pobreza, y le decían *muñeco* cuando pasaba repartiendo carbón con su tío Pepe.

Mientras volvía hacia el paseo se cruzó con un anciano con su toalla y su silla para coger sitio, acechando a todo el que se acercara para quitarle el territorio: marineros ni uno, pero ya había alguna persona como él sentada en la playa sin hacer nada, todos con esa mirada antipática. De hecho, cuando Miguel se acercó al señor, este suspiró con amargura, aunque después de contemplarlo de arriba abajo, supuso que suficiente tenía el chaval con mantenerse en pie. Viéndose venir la típica pregunta que haría cualquiera que hubiera amanecido tirado en el suelo, como había visto que le había pasado a aquel joven que se le aproximaba, dejó el periódico en su regazo, con la mala suerte de que una ligera ráfaga de viento se lo llevó. Las hojas salieron volando hasta los pies de Miguel, que se quedó paralizado al ver la portada: no solo porque su título, Diario Sur (con la anotación *el periódico de Málaga desde 1937*) confirmaba su sospecha, sino también por la fecha. La mirada se le quedó clavada en el año, ignorando completamente lo demás. Era 1993.

Perdió la conciencia durante unos segundos, aquello era demasiado. Le dio la sensación de que la niebla de su mente, la misma que le impedía recordar el ayer (o lo que él creía que era), se había vuelto demasiado espesa y le pesaba todo: la cabeza, la espalda, las piernas, el cuerpo. Al viejo le hizo gracia.

—Noches alegres, mañanas tristes — le soltó en tono jocoso.

—Eh... sí. Casi no sé ni en qué año vivo —respondió Miguel aturdido e intentando digerir la información.

—Ja, ja, ja. 1993, chaval. A ver si consigues llegar a casa sabiendo, por lo menos, el día de la semana.

Casa... la verdad es que ya no tenía. Miguel siguió boquiabierto. Se disculpó, le entregó el periódico y dio media vuelta para acercarse al paseo. Caminaba con aspecto seguro; quería que pareciera que sabía a dónde tenía que ir, para no levantar sospechas, pero en realidad caminaba sin rumbo, esperando, quizás, una respuesta caída del cielo. Se metió las manos en los bolsillos, resignado, y en uno de ellos encontró un paquete de tabaco al que le faltaba un cigarro. Fue así como las nubes que se cernían sobre los acontecimientos de la noche anterior se fueron disipando.

VISITA DE UN FANTASMA DEL PASADO. ÚLTIMA NOCHE ANTES DE MI EXILIO. LISBOA. 22 DE OCTUBRE DE 1942.

Dentro del tropel de recuerdos desordenados que plasmo en estas páginas, hoy me ha venido a la memoria un episodio que debo relatar. Sí, debo relatarlo pero con cuidado. Conste que en estas memorias mías mi objetivo es contar la verdad verdadera sobre mi vida, aquello que he visto y sentido durante tantos años. No obstante, en medio de certezas gracias a mi buena memoria y a mi seguridad (como se ha visto, inquebrantable), la experiencia de mi última noche antes de mi exilio nada entre la realidad y el sueño o, ¿quién sabe?, mi imaginación.

La última noche antes de coger el barco *Monte Amboto* rumbo a Argentina la pasé recluido en el hotel, obsesionado con dormir lo suficiente y ponerlo todo a punto, aunque en realidad como equipaje me llevé poco y luego empecé de cero (cosa que he tenido que hacer más de una vez). El propio Polín, mi nuevo secretario y amigo, me había invitado a una copa, pero yo preferí estar solo y tranquilo. Debió percibir en mis ojos algo que yo no había notado.

—¿Estás bien? Esto hay que celebrarlo, recuerda cuando brindamos en Madrid...

Seguí negándome, y eso que con esa mirada y esa sonrisa pícara suya daban ganas de bajar hasta el infierno con tal de seguirle, como ya haría más adelante, para mi desgracia. Yo aquel día no recordaba la emoción de aquella vez que brindamos, el arranque que hasta hacía poco me había acompañado a todas partes. Me metí a la cama sintiéndome desamparado como nunca antes.

El caso es que ni la última noche en ese lado del Atlántico pude descansar. Acabo de decir que me llevaba poco, pero en realidad cargaba con demasiadas cosas: todavía tenía en mente la reclusión en Cáceres y en Buñol, el vacío interior por no poder trabajar, el sentimiento de que nada tenía sentido, el trato que se me dio, todas las mentiras y el barro que me habían echado encima y, sobre todo, la horrible paliza. Aquella misma noche soñé con ella.

He de aclarar que por aquel entonces la tenía tan grabada en la cabeza que mi mente no paraba de reproducirla cada vez que cerraba los ojos. Tan interiorizada la tenía que sabía de memoria el orden de los golpes y los insultos: primero, el empujón para que cayera al suelo; luego empezaban los diferentes culatazos con la pistola mientras yo preguntaba por qué y ellos respondían aquello de *por marica y por rojo*; después venía lo de raparme el pelo a tirones y obligarme a tragar aceite de ricino para humillarme más; el puñetazo en la cara como amenaza; y, finalmente, un último empujón para dejarme tirado como a un perro. Era tan realista que me dolían las sienes como aquel día, notaba la sangre bajar fría por la carne al rojo vivo y llegué a saborear el asqueroso aceite.

Me desperté agitado y resignado de que no iba a descansar nunca, encendí un cigarro y me asomé a la terraza para ver si las estrellas me podían calmar. Y aunque lo que tenía delante era la ciudad de Lisboa, yo estaba viendo mi vida pasar ante mis ojos, como los que van a morir (a punto había estado la noche del Pavón). *Como los que van a morir...*, repetí en voz baja, y como muchas noches de insomnio me pregunté por qué no me mataron. *Porque no querían quitarme la vida, sino arruinármela*, concluí.

Y con la última calada y esa reflexión me di cuenta de que así, sosteniendo el cigarrillo y apoyando la otra mano elegantemente en la cintura, debería estar en un escenario cantando *La Bien Pagá* como solía y no allí. *España es una bien pagá*, mascullé más alto de lo que esperaba y lo escribí en un trocito de papel que guardé en mi bolsillo, tal vez como preludio de este ejercicio de escritura que hago ahora en mi vejez. De mi garganta brotó inevitablemente un canto:

Na te pío, na me llevo
Entre esas paredes dejo sepultá'
Penas y alegrías que te he dao y me diste
Y esas joyas que ahora pa otro lucirá'

Bien pagá
Sí, tú eres la bien pagá
Porque tus besos compré
Y a mí te supiste dar
Por un puñao de parné

Bien pagá, bien pagá
Bien pagá fuiste, mujer

Tiré el cigarrillo y lo pisé con rabia. Rabia porque estaba ya harto de tanta persecución, de que no me dejaran trabajar de lo que me daba la vida, y porque a pesar de eso de repente notaba un hilo de desesperanza que me tiraba para atrás. Por muy *bien pagá* que fuera España.

Miguel llevaba un buen rato deambulando, enfrascado en los recuerdos de la noche anterior, cuando estos se le volvieron a empezar a escapar de entre las manos. Poco a poco fue recobrando la conciencia sobre sí mismo, sobre dónde estaba, y las formas de casitas más pequeñas, con sus balconcitos de reja, fueron apareciendo ante sus ojos. No obstante, fue un sonido metálico lo que le trajo de vuelta. ¡Clin! Una joven guapísima le acababa de dejar una moneda a un guindilla con guitarra, que por como la sujetaba no tenía pinta de saber tocar muy bien. ¡Qué oportuno, otro *bien pagao*! Este levantó la mirada y se quedó ojiplático.

—¡Vaya! Una turista por estas calles, ¡yo que me venía aquí para ensayar! Pero, oye, que una muchacha con esa carita no molesta nunca, ¿me entiendes?

—Er... sorry?

—¿Extranjera? Pues mira, te voy a tocar un pedacito de España para que te lo lleves. Y te lo dedico, a ti y a tus ojos.

Ojos verdes,
verdes como
la albahaca.
Verdes como el trigo verde
y el verde, verde limón.

Miguel paró en seco y dirigió su mirada a la pareja que estaba frente a unas escaleras bastante empinadas. No lo dudó ni un segundo.

—¡Oye, tú! ¿De quién es esa canción?

—A ti te lo voy a decir, a un competidor —le respondió de mala gana, en parte por haberle espantado su clientela.

—¿Competidor?

—Sí, claro. A menos que vayas vestido así todos los días... —comentó dirigiendo la mirada a la camisa de Miguel— Vamos, que o eres artista o eres maricón.

Miguel siguió la mirada y comprobó que llevaba una de sus blusas fantasía, de mangas ajamonadas y un color rojo intenso. Tampoco recordaba habérsela puesto...

—Pues mira, soy las dos cosas —le soltó de sopetón— ¿Qué? ¿Ahora te quedas mudo? Pues ya me vas diciendo de quién es la canción.

—Bueno, tranquilo, si no tiene mayor misterio. Quiero decir, que es mítica de Concha Piquer.

—¿De la Piquer?

—Sí, pero eso lo sabe cualquiera que controle un poco —le indicó de manera burlona.

—Yo sé perfectamente quién es Concha Piquer y que ella canta esta canción. Preguntaba porque se la escuché a un tal Miguel de Molina y...

—Pues ese será uno de segunda, porque yo no le conozco.

—¿De segunda?

Mientras, salía una muchacha morena de uno de los portales. y el pimpi se quedó bizco entre comérsela con los ojos y mantener la conversación con Miguel. El chaval aprovechó la excusa para hablar con ella.

—¡Chst! ¡Carmelilla, ven aquí!

—¿Y tú ahora qué quieres, pesado?

—Ayúdame con este hombre, anda, ¿tú sabes quién es Miguel Molinos?

—De Molina —le corrigió Miguel.

—Eso, eso, ¿tú le conoces?

—No, ni idea. Yo solo conozco a Antonio Molina.

—Es que este me dice que cantó *Ojos verdes.*

—Hombre, gente que haya cantado *Ojos verdes* habrá mucha, ahora, la mejor siempre será la Piquer.

Miguel de Molina sintió que un fuego le subía por las piernas hasta la coronilla. ¿Cómo que no sabían quién era él pero la Piquer sí? Porque el tiempo habría pasado igual para los dos, ¿o no?

—Pues os digo que, no sé si mejor, bueno en realidad sí; pero que él la cantó primero y que, de hecho, estuvo presente cuando Rafael de León y Federico García Lorca la compusieron en un *tête-à-tête e*n el Café La Granja en Barcelona, año 1935. ¿A que eso no lo sabíais? ¡Ah! Y sobre lo de ser maricón —se dirigió al guindilla en concreto— que sepas que los ojos verdes de la canción eran originalmente los de un marinero, saca tú tus conclusiones.

Sin nisiquiera despedirse, torció y subió por las escaleras. Entre peldaño y peldaño el corazón le latía más deprisa hasta que, de pronto, sintió que se le paraba. Aquella calle la conocía... era la calle Hurtado, el hogar de su infancia. En ese mismo momento, escuchó que una vecina anciana entraba en uno de los portales con sus llaves y el sonido de estas se lo llevó de nuevo hacía la niebla de la noche anterior.

El caso es que de repente escuché el sonido metálico de algo que se había caído entre mis cosas, me acerqué y vi las llaves de mi casa. Bueno, en realidad eran de la casa de mi madre allí en Valencia, donde tanto éxito había cosechado en mis buenos años. La verdad, no recordaba haberlas cogido. Me vino la imagen de mi madre, todo lo que ella había hecho por mí, y me sentí culpable de que todo lo que había hecho yo por ella fuera comprarle esa misma casa para que viviera cómodamente. Y ahora me iba. Ya soñaba con volver triunfante a España y a su vera. Puede que consiguiera volver con ella a Málaga y, por fin, debutar en mi querida Andalucía. Lo que no sabía era que ni siquiera iba a estar en su lecho de muerte, tampoco en su entierro.

Volviendo a aquel día, apenas pude echarle un vistazo a las llaves porque escuché unos pasos que corrían hacía la puerta de la habitación. Rápidamente, sin preguntarme siquiera quién era, me abalancé sobre la sombra pero huyó por el pasillo y la perseguí escaleras abajo. Nada más llegar a la planta baja, no vi a nadie y la recepción estaba vacía. Paré en seco y pude escuchar unos sollozos en medio de la oscuridad. Había un muchacho llorando al pie de la escalera, hecho una bola y con la cabeza apoyada en las rodillas. Me acerqué suavemente y le pregunté dulcemente qué le ocurría (no saqué el coraje para preguntarle qué hacía en mi habitación). Noté que intentaba calmar su voz pero las palabras se le agolpaban en la garganta: *Perdón, perdón por escaparme, yo no quería*.... Fue entonces cuando levantó la cabeza y nuestras miradas confundidas se cruzaron. Fue como verse en un espejo. *Tú no eres mi madre*, me dijo. No pude ni siquiera articular palabra del asombro, tan solo le sonreí en un primer instante. Aunque con la emoción del primer momento me habría gustado decirle algo así como *No, soy tú dentro de unos cuantos años*.

Incluso si no me lo terminaba de creer, por mucho que pestañeaba él no desaparecía, ni mudaba de rostro, seguíamos siendo dos gotas de agua. Resolví que la única manera de saber si el sueño me estaba trastornando era hablar con él.

—¿Qué te pasa?

—Nada, cosas mías —hizo el amago de levantarse pero le paré con mis palabras, necesitaba que me respondiera.

—¿Y tú a dónde vas con tanta prisa?

—Me voy de aquí, me voy de Málaga —soltó con una seguridad que antes no le había notado.

Me fijé en el hatillo que tenía al lado, un bulto pequeño envuelto por una colcha vieja, y casi perdí el sentido. Era yo, era yo de verdad. A partir de ahí, no sé por qué seguí preguntando. Tal vez porque a pesar de saber muchas de las respuestas, había alguna que se me resistía.

—Y te vas tú solo...

—Sí —ví que lo decía con cierta duda por lo que pudiera responderle.

—¿Dónde están tus padres?

—Mi madre estará durmiendo tranquila, en casa con mis hermanas —dijo, intentando disimular una voz lastimera.

—¿Y se lo has dicho?

—No... —titubeó, aunque pronto se reincorporó confiado— pero es mejor así, para no darle más disgustos de los que ya tiene. Encima, lo hago por ella, ganaré mucho dinero y así no tendrá que matarse en tres trabajos.

—¿De verdad no se lo has dicho por eso?

—Por eso y... —se le quebró la voz casi rozando el llanto— ¡porque no me atrevía! ¿Cómo le iba a decir que me voy? No habría sido capaz... Ni siquiera sé si al final me voy a dar la vuelta.

Su mirada me atravesó de tal manera que se me partió el corazón y vi la duda, la angustia, el dolor, el miedo... Mirarle a los ojos seguía siendo como mirarse en un espejo.

—¿Entonces, cuántos años tienes?

—Dentro de poco cumplo catorce.

—¿No eres muy joven? —en su ceño vi que no le gustó la pregunta.

—No para ayudar a sacar adelante a mi familia. Llevo trabajando desde bien chico. —juraría que creyó que no me lo estaba tomando en serio, porque siguió insistiendo— Ahora mismo limpio y sirvo copas desde la mañana y a las noches me quedo de guardia para repartir telegramas.

—Y aún así no hay dinero...

—No, por eso me voy a buscarme la vida.

—¿Y a dónde piensas irte?

—No lo sé, es cuestión de echarse al camino y ver qué pasa —hizo una pausa pensativo— Supongo.

—¿Estás seguro?

Noté que me quitaba un gran peso de encima, esa duda tan guardada en mi interior. Por otro lado, creo que el chaval ya estaba un poco mosca y no entendía muy bien a qué tanta pregunta, así que tuve que disimular.

— Quiero decir, como antes no te he visto muy...

—Pues sí, estoy seguro —me cortó antes de que dijera yo nada, pero tuvo que parar en seco— Algo me dice que no me equivoco, por mucho que me duela separarme de lo que más quiero.

—Es duro dejarlo todo atrás, allá donde tienes tus raíces —comenté recordando el tintineo de las llaves—. Lo sé porque yo también me voy.

Su manera de atenderme cambió completamente, ahora me observaba entre curioso y confundido.

—Sí, claro, pero a veces irse a tiempo es la mejor opción, ¿no? —expresó, esta vez en tono amistoso.

—*Irse a tiempo es la mejor opción* —recapacité.

—Sí. Mi tío Pepe, Dios lo proteja allá donde esté, se escapó para no tener que ir a matar moros, para huir del reclutamiento vaya. A mi me dio mucha pena porque de niño me hacía muy feliz ir con él, a repartir carbón con su burrito —escondí mi emoción cuando contaba la anécdota y él siguió relatando— Claro, ahora que soy un hombre lo entiendo. Sabía lo que le esperaba, igual que yo sé que en Málaga no tengo futuro.

—Hizo bien el tío en huir —me atreví a romper el silencio que se cernió sobre los dos— La guerra es un horror que ni podría describir.

—¿Cómo?

—Es una borrachera de sangre en la que la vida no vale nada, es repugnante.

—*La luna es un pozo chico*
La vida no vale nada
Lo que valen son tus brazos
Cuando de noche me abrazas.

Le salió natural, como de dentro del alma, aunque yo no recordaba que en mi casa se cantara el *Zorongo gitano* . Cuando nos miramos, sonreímos con una complicidad que no sabía de dónde salía, o puede que sí.

—Tu te vas por eso, ¿verdad? —preguntó inocente.

—¿Cómo dices?

—Digo, que tú también te vas por la guerra.

—No —me reí, el comentario me hizo gracia— Si la guerra es horrible, peor es lo que viene después. Me voy porque no me dejan trabajar y mi única pasión es mi trabajo.

—¿Cómo es posible? ¿De qué trabajas? —me interrogó extrañado.

—Soy artista.

—¡Eres artista! —una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su cara— ¿Cómo no me lo has dicho antes? No has estado en el teatro Cervantes, ¿verdad? Lo digo porque yo suelo ir, bueno colarme, y si fuera así me acordaría. Sí, de seguro me acordaría porque siempre me quedo pegado al asiento y luego no hago más que pensar en lo que he visto.

—No, tienes razón. De hecho, nunca he actuado en Andalucía —comenté, aunque él estaba en las nubes.

—Artista... —susurró como ausente— ¿y cómo es que no te dejan actuar? ¿Has hecho algo ilegal?

—No, aunque he estado en la cárcel varias veces y...

—Y...

—Ha habido algún día en el que casi no lo cuento —esta vez fui yo el que tuvo que contener las lágrimas.

—No lo entiendo...

—Es una historia complicada, otro día te la cuento.

—¿Cómo otro día? ¿No puedes cantarme algo siquiera?

—Claro —mi respuesta sonó segura pero en realidad no sabía qué cantarle.

El día que nací yo
¿Qué planeta reinaría?
Por donde quiera que voy
Qué mala estrella me guía

Estrella de plata
La que más reluce
¿Por qué me llevas
Por este calvario
Llenito de cruces?
Tú vas a caballo
Por el firmamento
Y yo cieguecito
Sobre la tinieblas
Y a pasito lento

—Es increíble... Sabes, no hay día en el que no sueñe con ser artista yo también. Creo que me conformaría con ser acomodador con tal de ser parte de ese mundo...

Era tan intensa la ilusión de esa mirada inocente, casi infantil, que desprendía un brillo que lo cegó por un momento. Pronto comprendió que la luz era la de una Málaga lejana; una luz que entraba por el patio de una pobre corrala que misteriosamente tenía delante y apuntaba a alguien, el mismo chico con el que acababa de hablar cara a cara pero más pequeño. Miguel lo sabía porque apenas levantaba dos palmos del suelo, incluso si estaba subido a un alto (una especie de escenario hecho con cuatro maderas viejas que crujía). Su aspecto diminuto lo acentuaba la ropa que llevaba, ¡qué ropa! Vestía el nene una harapienta camisa que le llegaba hasta las rodillas y que se había recogido briosamente para que pareciera un disfraz de algo que solo podía estar en su imaginación. La cinturita, además, la llevaba envuelta con un cinturón que era en realidad la manga de alguna otra camisa, también vieja; y lucía uno de estos pañuelos de mano en la cabeza, a modo de turbante. Sin embargo, ¡se le veía tan feliz! A Miguel le llegaba un murmullo cascabelero de lo que el muchacho estaba contando, que debía ser un cuento o una historia por los repentinos cambios de voz y de expresión del divertido narrador. El cuentacuentos hablaba y hablaba; de vez en cuando recitaba o cantaba, gritaba o susurraba; y siempre, ¡siempre!, acababa mirando sonriente a los otros niños, que lo miraban expectantes, esperando sus infalibles risas. Y llegaban, junto con unos aplausos encerrados en las cuatro paredes del patio, que casi no sabían a nada, pero que recibía mirando hacia el infinito orgulloso, incluso si todavía no entendía exactamente por qué.

De repente, el del escenario repiqueteó el suelo con los pies, soltó los brazos y los dejó a disposición de un mágico viento, que debía ser un vendaval por la tempestad de sus movimientos. Las manos se removían en el aire y giraban, igual que lo hacían los brazos y hasta el propio bailarín, transmitiendo algo así como un mareo gozoso. Una luz más brillante que la del sol acompañaba este precioso caos, se movía con él, y hacía relucir la brillantina del pelo, el rojo carmín, los anillos de oro y las lentejuelas de la colorida camisa ajamonada. De repente, los cuentos que el niño imaginaba en su cabeza, y que solo se adivinaban por los harapos y la tela sucia del retablo de madera, cobraban vida y caían del techo. Los lugares fantásticos eran ahora tangibles y el artista se podía mover por ellos, podía vivirlos. Los personajes también eran reales y bailaban con él, ya no eran las otras no sé cuántas voces que brotaban de su garganta. Miguel se aferró a su asiento porque no se podía creer lo que estaba viendo, y al hacerlo, notó un tacto aterciopelado: ya no estaba en una humilde corrala malagueña, sino sentado en el patio de butacas de un teatro a rebosar de público. Los paisajes de cuento eran decorados; la luz que seguía a la figura del escenario era un foco; y esa figura, o figurín, era él. No su yo de niño, sino él de verdad. Aunque, visto lo visto, puede que el nene de la corrala fuera tan él como el de los escenarios, el que ya se había labrado su carrera. Quizá todavía era ese niño que quería divertir a los demás y jugar con su cuerpo, como un ave haciendo piruetas en el cielo que abría los brazos con grandeza para marcar el final. El artista del escenario recibió el oleaje de palmas en movimiento y silbidos con la misma mirada al infinito que cuando no llegaba ni a coger el agua del pozo del patio de vecinos.

En medio de tanto vítor surgió un violento rugido de una bestia formada por varias cabezas, allá desde los palcos altos. Entre insultos y gritos que había escuchado innumerables veces, se impuso el de siempre:

Mariquita

El joven del escenario dio unos pasos hacia delante, no pidió silencio para hablar:

Mariquita no,

maricón, que suena a bóveda.

El rugido pasó a ser un rebuzno perdido entre muchísimos ánimos, pues el gentío restante se vino arriba cuando vio que el artista seguía con otro número. Y Miguel, desde su lejano asiento, notó una conexión entre las complicadas madejas de su interior. *¡Ese soy yo!*, llegó a gritar para asombro de los de los asientos contiguos. Ya dio igual todo, si señalaba al faraón de la copla o al chicuelo de la corrala, porque cerró los ojos con un cansancio acumulado y el sueño se lo llevó consigo.

¡Por fin! ¡Eso era lo que había ocurrido! Miguel dibujó una sonrisa fatigada. Ya sabía qué hacía allí, o por lo menos creía intuirlo. Estaba molido de andar por toda Málaga, de preguntar y, sobre todo, de no recibir respuesta. Nadie se acordaba de él. Cuando por fin alguien creía reconocerlo, resulta que lo confundían con un tal Mario, de una película. Llegó un momento en el que prefirió no seguir preguntando, ¿para qué? Claro que la alternativa no era mucho mejor. Pensaba y pensaba, no hacía más que darle vueltas a un mismo asunto: ¿Por qué había vuelto? ¿Les había pasado algo a los suyos? Y si eso era sí, ¿cómo iba él a descubrirlo? Sin embargo, se levantó del banco con la energía que llevaba buscando desde la noche anterior y avanzó hacia el gran edificio que tenía enfrente. Nuestro artista se acercaba a paso seguro hacia aquella construcción gris azulada, de aspecto imponente como templo de las artes escénicas que era. Obviamente, en la fachada exterior ponía bien claro: *Teatro Cervantes.*

NOTA FINAL

Después de que el/la lector/a se haya podido sumergir en esta historia –que espero le haya resultado interesante–, puedo revelar lo siguiente sin mucho misterio, porque no me creo lo suficientemente inteligente como para engañaros: las hojas perdidas de las memorias de Miguel de Molina también son ficticias y escritas por mí. Es más, el episodio de la última noche antes del exilio ni se menciona en las memorias, aunque sí los días anteriores y la marcha. He querido hacer algo parecido a la literatura testimonial para adentrarme en su mente y en los fantasmas que, a mi juicio, siempre le persiguieron a pesar de su valentía. Todo esto desde mi estilo personal, pues a pesar de intentar meter alguna referencia o palabra para imitar el tono de sus memorias, he tenido que ajustar la manera de escribir al relato que yo quería contar. Miguel lo contaba todo de manera más directa y cruda, lo cual es una delicia, pero yo necesitaba llevarlo a mi terreno.

Todo el proyecto ha brotado de mi imaginación con el objetivo de *revivir* y darle voz a Miguel de Molina, desde mi prisma y lo que para mí significa. Junto con ello, también he querido aprovechar para reivindicar la copla, más que como género musical, como medio de expresión. Porque como dice el lema de Ruta al Exilio 2025, *hay una tierra por cantar*, y recuperar la memoria histórica es también desenterrar testimonios artísticos.

Por cierto, la historia no acaba aquí. Esto no es más que un pedacito de un relato que tiene mucho más que contar. Lo que se acaba de leer pretende ser el comienzo de una novela corta que espero poder escribir algún día, cuando el tiempo juegue a mi favor, cosa que deseo que ocurra pronto. Así que si el/la lector/a se ha quedado con la espina de este final abierto, que no se preocupe porque el Miguel de Molina que aquí proyecto tiene un círculo precioso (o *férico*, como él diría) que cerrar. Por ahora solo puedo ofrecer, al igual que las películas que se hacen de rogar, un esperanzador *Continuará*...

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

Reitero mi agradecimiento a la iniciativa de *Ruta al exilio* y a todo su equipo por brindarme en 15 días una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida y por apostar por mi proyecto. Hablando del proyecto, he de dedicarle unas palabras a mi tutora, Laura, por acompañarme en este recorrido y darme su opinión siempre para ayudar; y a Dani, por ser mi tutor adoptivo y darme tantas ideas sobre objetos, sobre arte...

Asimismo, le doy las gracias a mi amigo Marck Astorquiza por leerme la mente y hacerme esta portada tan sublime y que tan bien captura la esencia de mi relato.

Muchas gracias también a la Fundación Miguel de Molina y, en concreto, a su director, Alejandro Salade, siempre dispuesto a resolver dudas y a mantener viva la memoria del faraón de la copla.

Por último, mil gracias a Ángel Ruiz y a todo el equipo de *Miguel de Molina al desnudo* por hacerme llegar la historia de Miguel de forma tan conmovedora y sincera y por prender en mi el interés por la copla.